

**COLECCIÓN NOEMA**



**GRANT MORRISON**

**TRADUCCIÓN DE MIGUEL ROS GONZÁLEZ**

# *Supergods*

*Heroes, mitos e historias del cómic*



TURNER

Título original:

*Supergods*

© Grant Morrison, 2011

Edición original: Spiegel & Grau, Nueva York, 2011

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L.

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

Primera edición: octubre de 2012

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-7506-786-5

© De la traducción: Miguel Ros González, 2012

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

The Studio of Fernando Gutiérrez

Depósito Legal: S-

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

[turner@turnerlibros.com](mailto:turner@turnerlibros.com)

Para Kristan, superdiosa.

Mirad, yo os enseño el superhombre:  
¡él es ese rayo, él es esa demencia!

Friedrich NIETZSCHE,  
*Así habló Zaratustra*

## ÍNDICE

|                |    |
|----------------|----|
| Prefacio ..... | XX |
|----------------|----|

### **Primera parte: La edad de Oro**

|     |                                              |     |
|-----|----------------------------------------------|-----|
| I   | El Dios Solar y el Caballero Oscuro .....    | XXX |
| II  | El hijo del rayo .....                       | XXX |
| III | El superguerrero y la Princesa Amazona ..... | XXX |
| IV  | La explosión y la extinción .....            | XXX |

### **Segunda parte: La Edad de Plata**

|      |                                                                    |     |
|------|--------------------------------------------------------------------|-----|
| V    | Superman en el diván .....                                         | XXX |
| VI   | Los productos químicos y el rayo .....                             | XXX |
| VII  | Los 4 Fantásticos y el nacimiento de los héroes de<br>Marvel ..... | XXX |
| VIII | Superpop .....                                                     | XXX |
| IX   | Tierras infinitas.....                                             | XXX |
| X    | Los chamanes de Madison Avenue .....                               | XXX |

### **Tercera parte: La Edad Oscura**

|      |                                                 |     |
|------|-------------------------------------------------|-----|
| XI   | El día más brillante, la noche más oscura ..... | XXX |
| XII  | Temidos e incomprensidos .....                  | XXX |
| XIII | La aterradora simetría .....                    | XXX |
| XIV  | Zenith .....                                    | XXX |
| XV   | Los odiosos muertos.....                        | XXX |
| XVI  | Imagen contra sustancia .....                   | XXX |
| XVII | King Mob, o mi vida como un superhéroe .....    | XXX |

### **Cuarta parte: El Renacimiento**

|       |                                                                                            |     |
|-------|--------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| XVIII | El justiciero musculoso .....                                                              | XXX |
| XIX   | ¿Qué tienen de gracioso la verdad, la justicia y el<br>estilo de vida estadounidense?..... | XXX |
| XX    | El respeto a la autoridad .....                                                            | XXX |

|              |                                                         |            |
|--------------|---------------------------------------------------------|------------|
| <b>XXI</b>   | <b>Hollywood huele la sangre .....</b>                  | <b>xxx</b> |
| <b>XXII</b>  | <b>La nueva Marvel y el 11-S .....</b>                  | <b>xxx</b> |
| <b>XXIII</b> | <b>El día de la victoria del mal .....</b>              | <b>xxx</b> |
| <b>XXIV</b>  | <b>Los Iron Men y los Increíbles .....</b>              | <b>xxx</b> |
| <b>XXV</b>   | <b>Más allá del límite .....</b>                        | <b>xxx</b> |
| <b>XXVI</b>  | <b>¿Estrella, leyenda, superhéroe, superdiós? .....</b> | <b>xxx</b> |
|              | <b>Epílogo: ...Y ya he dicho bastante .....</b>         | <b>xxx</b> |
|              | <b>Créditos de las ilustraciones .....</b>              | <b>xxx</b> |
|              | <b>Lecturas recomendadas .....</b>                      | <b>xxx</b> |
|              | <b>Índice analítico.....</b>                            | <b>xxx</b> |
|              | <b>Agradecimientos .....</b>                            | <b>xxx</b> |

## PREFACIO

A unos seis kilómetros de mi casa de Escocia, en la otra orilla de un apacible brazo de mar, se encuentra el Royal Naval Armaments Depot de Coulport, refugio de la flota de submarinos nucleares Trident del Reino Unido. Me han dicho que en sus búnkeres subterráneos se almacena la suficiente potencia de fuego como para aniquilar cincuenta veces a toda la raza humana. Algún día, cuando la Tierra reciba un ataque sorpresa en el hiperespacio a manos de cincuenta gemelas malvadas, esta capacidad megadestructiva podría, irónicamente, salvarnos a todos; pero hasta entonces solo parece una muestra extravagante, y en cierto modo emblemática, de la hipersimulación digital y acelerada en la que todos vivimos.

Por las noches, el reflejo invertido de los astilleros parece un puño cerrado de color rojo, símbolo del poderío militar, que ondea sobre una bandera de olas. A unos tres kilómetros de allí, siguiendo una carretera tortuosa, se halla el lugar donde mi padre fue detenido durante las marchas antinucleares de la década de 1960. Era un veterano de la Segunda Guerra Mundial de clase trabajadora que cambió su bayoneta por una chapita de la Campaña para el Desarme Nuclear y se convirtió en un “espía por la paz” del Comité de los Cien, de suerte que durante mi niñez ya empezaron a proliferar las siglas y nombres en clave de la Guerra Fría.

Y luego estaba la Bomba, siempre la Bomba, un inquilino con gabardina, lúgubre y amenazador, que podía explotar en cualquier momento y matarnos a todos y a todo. Sus infames juglares eran existencialistas invadidos por el pesimismo, amantes del folk que entonaban, quejumbrosos, endechas sobre “Hard Rain” y “All on That Day”, mientras yo temblaba en un rincón, a la espera del esquelético juicio final y la extinción de todo rastro de vida terrestre. Las imágenes complementarias las

aportaban los fanzines *samizdat*, radicales y antibelicistas, que mi padre compraba en las librerías políticas de High Street. Los fervientes manifiestos pacifistas que se leían en ellos solían estar ilustrados con espantosos dibujos que mostraban un hipotético mundo el día después de un animado intercambio de misiles termonucleares. Los creadores de estos paisajes, que los llenaban de carroña con gran entusiasmo, nunca dejaban pasar la oportunidad de dibujar esqueletos destrozados, despedazados, retorcidos, y en el horizonte ardiente la ciudad calcinada, devastada tras el ataque nuclear. Si el dibujante lograba encontrar hueco en su composición para añadir una macabra Muerte de doscientos cincuenta metros que, a horcajadas de un temible caballo desollado, esparcía misiles como semillas sobre el perfil de la ciudad, semiderretido y mellado, mejor que mejor.

Los terrenos yermos de las revistas de mi padre, similares a las visiones del cielo y el infierno de un tríptico medieval, compartían mesa con los paisajes exóticos y trisulares que adornaban las portadas de los libros de ciencia ficción que tanto le gustaban a mi madre. Estas ventanas hacia un futuro brillante, formato 14x21, mostraban a Amazonas andróides en monokini que perseguían a cosmonautas perdidos bajo los cielos nacarados de unos mundos extraterrestres imposibles; también veíamos robots dotados de alma abriéndose paso a través de selvas fosforescentes, o desplazándose en pasarelas mecánicas de acero en ciudades diseñadas por una mezcla de Le Corbusier, Frank Lloyd Wright y el LSD. Los títulos evocaban la poesía surrealista: *El día en que llovió para siempre*, *El hombre que cayó a la Tierra*, *Crónicas marcianas*, *Flores para Algernon*, *Una rosa para el Eclesiastés*, o *A cabeza descalza*.

En la televisión, las imágenes de los primeros astronautas competían con los panoramas desolados de Hiroshima y Vietnam; era una elección a todo o nada entre la nave espacial y la bomba atómica y, aunque yo ya había elegido equipo, la tensión entre la Utopía y el Apocalipsis durante la Guerra Fría se estaba haciendo casi insoportable. Y entonces, desde el Atlántico, nos llovieron los superhéroes, enfundados en sus deslumbrantes monos heráldicos y trayéndonos nuevas formas de ver, oír y pensar sobre cualquier tema.

La primera tienda de cómics del Reino Unido, The Yankee Book Store, abrió sus puertas en Paisley, cuna del estampado de paramécios, a las afueras de Glasgow, durante la posguerra. Con irónica simetría,

los cómics llegaron en el cargamento de los barcos que transportaban a los militares estadounidenses cuyos misiles amenazaban mi existencia. De igual modo que los primeros discos de R&B y rock and roll navegaron hasta Liverpool para inspirar a la generación de músicos del Merseybeat, los cómics estadounidenses, cortesía del complejo industrial-militar, vinieron al oeste de Escocia para encender la imaginación y cambiar las vidas de niños como yo.

Los superhéroes se reían de la bomba atómica: Superman podía caminar sobre la superficie del sol sin apenas ponerse moreno; las aventuras de Hulk comenzaban justo durante las delicadas horas posteriores a la detonación de una Bomba Gamma que afectó a Bruce Banner, álter ego del coloso; la todopoderosa Bomba parecía provinciana en comparación con los destructores cósmicos como Anti-Matter Man o Galactus. Confinado en nuestro universo, me fui abriendo paso hacia otro diferente, un lugar donde las historias dramáticas que abarcaban décadas y galaxias enteras se representaban sobre las dos dimensiones del papel impreso: allí había hombres, mujeres y nobles monstruos que vestían banderas y atacaban desde las sombras para hacer del mundo un lugar mejor. Poco a poco, yo también me iba sintiendo mejor con mi propio mundo; empezaba a comprender algo que me daría el control sobre mis miedos.

Antes de ser Bomba, la Bomba era una Idea.

Pero Superman era una idea mejor, más rápida y más fuerte.

Además, ni siquiera necesitaba que fuese “real”; me bastaba con que fuese más real que la idea de la Bomba que hacía estragos en mi cabeza. Aunque, pensándolo bien, no tendría que haberme preocupado: Superman es un producto de la imaginación humana tan resistente, un emblema tan perfecto de nuestros yoes más altos, más amables, más sabios y más fuertes, que mi idea de la Bomba no tenía ninguna posibilidad contra él. Con Superman y los demás superhéroes, el ser humano creó unas ideas invulnerables a todo daño, inmunes a la deconstrucción, elaboradas para superar a los genios diabólicos, concebidas para hacer frente al Mal en estado puro y, de alguna manera, y contra todo pronóstico, salir siempre vencedoras.

Entré en el mundo del cómic estadounidense como guionista profesional a mediados de la década de 1980, en una época de innovación radical y avances técnicos, cuando las indiscutibles referencias en materia de ficción de superhéroes como *El regreso del Caballero Oscuro* y *Watchmen* estaban siendo publicitadas y las posibilidades parecían infinitas, además de existir una gran libertad creativa. Me sumé a una generación de guionistas y dibujantes que provenía en su mayoría de la clase trabajadora del Reino Unido, y que vio en los moribundos universos de los superhéroes el potencial para elaborar un trabajo expresivo, adulto y estimulante, que reinyectase vitalidad y relevancia al concepto vacío de superhéroe. Y así, las historias se volvieron más inteligentes, las ilustraciones más sofisticadas, y los superhéroes empezaron a recobrar su vigor con unos libros de carácter filosófico, postmoderno, y muy ambiciosos. Los últimos veinte años han visto a docenas de genios del sector inconfundibles y extravagantes hacer trabajos llamativos e innovadores. Los bajos costes de producción (los rotuladores y la tinta pueden reproducir escenas cuya generación por ordenador costaría millones de dólares en tiempo) y el frenético ritmo de publicación significan que, en los cómics, casi todo vale: ninguna idea es demasiado rara, ninguna vuelta de tuerca demasiado rocambolesca, ninguna técnica de narración demasiado experimental. Soy consciente desde hace mucho del alcance de los cómics, así como de las grandes ideas y emociones que pueden transmitir; de manera que he visto con asombro y algo de orgullo el paulatino proceso de rendición sin sangre de la cultura de masas ante el incesante avance de los frikis del *hinterland*. Nombres que otrora fueron el santo y seña de misteriosos desconocidos lideran ahora campañas de *marketing* a nivel mundial.

Batman, Spiderman, X-Men, Héroes, Iron man. ¿Por qué los superhéroes se han vuelto tan populares? ¿Por qué ahora?

En cierto sentido, la respuesta es fácil: un buen día, a alguien se le ocurrió que los superhéroes, al igual que los chimpancés, lo hacen todo más entretenido. ¿Una merienda aburrida? Ponle unos cuantos monos y la conviertes en una inolvidable y alborotada comedia. ¿Un asesinato misterioso de lo más convencional? Échale algún superhéroe para crear un nuevo género, llamativo y provocador. ¿Un *thriller* urbano con un crimen de por medio? Está ya muy visto... hasta que

Batman entra en escena. Los superhéroes pueden dar sabor a cualquier plato.

Sin embargo, detrás de nuestras ganas de conocer las travesuras de estos personajes que visten trajes estrafalarios y que nunca nos defraudan se esconden más cosas: si uno aparta la mirada de la página o de la pantalla y se para un momento a pensar, verá que los superhéroes han llegado a la conciencia de las masas, como llegan a cualquier otro sitio, en respuesta al sos desesperado de un mundo en crisis.

Hemos alcanzado un punto en el que aceptamos que casi todos nuestros políticos se acabarán destapando como hipócritas obsesos sexuales o como imbéciles; también nos parece hoy de lo más natural que las preciosas supermodelos sean bulímicas y neuróticas infelices. Hemos visto los entresijos de las ilusiones sobre las que en otros tiempos se apoyaba nuestra imaginación, y sabemos por experiencia propia que tarde o temprano nuestros amados humoristas se quitarán la máscara y veremos el rostro de un alcohólico pervertido o un depresivo suicida. Les decimos a nuestros hijos que están atrapados como ratas en un planeta condenado, en bancarrota, plagado de ladrones y con recursos menguantes, que no pueden sino esperar a que suba el nivel del mar y lleguen las inminentes extinciones en masa; luego levantamos una ceja cuando, en respuesta, se visten de negro, se hacen cortes con cuchillas, dejan de comer, se atiborran o se matan entre ellos.

Estamos traumatizados por las imágenes y los vídeos de guerras y desastres, somos espiados por cámaras de vigilancia omnipresentes, nos amenazan exóticos villanos que conspiran desde sus cavernas y guaridas subterráneas, somos presa de oscuros y monumentales dioses del miedo; en resumen, estamos siendo arrastrados inexorablemente hacia la realidad del cómic y, como de costumbre, tenemos poco tiempo para salvar el mundo, pues existen ángeles de la muerte imponentes y cadavéricos, como los que aparecían en las portadas de los periódicos antinucleares de mi padre, que parecen eclipsar las relucientes obras de la imaginación colectiva.

¿No será que nuestra cultura, privada de imágenes optimistas de su propio futuro, se ha dirigido a la fuente primaria en busca de modelos utópicos? ¿No será que el superhéroe, con su capa y su traje ajustado, es en estos momentos la mejor representación de aquello en lo que podríamos convertirnos si nos empezásemos a sentir dignos de un mañana en

el que nuestras mejores cualidades sean lo bastante fuertes como para superar los impulsos destructivos contra el proyecto humano?

Vivimos en las historias que nos contamos. En una cultura laica, científica, racional y falta de un liderazgo espiritual convincente, las historietas de superhéroes hablan alto y claro a nuestros mayores miedos, a nuestros anhelos más profundos y a nuestras más altas aspiraciones. No les asusta ser esperanzadoras, no se avergüenzan de ser optimistas, no temen a la oscuridad. Pocas cosas habrá más alejadas del realismo social, pero todos podemos identificarnos con los elementos fantásticos de la experiencia humana, que las mejores historietas exhiben de una manera imaginativa, profunda, divertida y provocadora. Existen para solucionar problemas de todo tipo, y siempre podemos contar con ellas para encontrar la forma de salir del apuro; en los mejores casos, nos pueden ayudar a hacer frente y resolver incluso las crisis existenciales más profundas. Así que deberíamos escuchar lo que tienen que decirnos.

El presente libro es la guía definitiva para el mundo de los superhéroes: en ella veremos qué son, de dónde vienen y cómo pueden ayudarnos a cambiar nuestra percepción de nosotros mismos, de nuestro entorno y del multiverso de posibilidades que nos rodea. Prepárense para quitarse el disfraz, susurrar las palabras mágicas e invocar al rayo. Es hora de salvar el mundo.